

LA TRANSICIÓN EXTERIOR

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Leopoldo Calvo-Sotelo Bustelo *

Si para la que he llamado Transición interior existían precedentes no muy lejanos en los que inspirar la devolución a los españoles de las libertades, haciendo en ellos las necesarias correcciones, ciertamente nos pareció a quienes nos vimos empujados a la escena política en 1975 que no había un referente útil en la política exterior al que se pudiera volver, aun con las correcciones necesarias. Y así hubo que empezar la Transición exterior navegando a la vista por un mar desconocido, sin cartas náuticas de referencia y con un solo rumbo claro: integrar a España en los foros internacionales a los que no había sido admitida, cuando se constituyeron, por la naturaleza no democrática del Régimen anterior, es decir, integrar a España en las Comunidades Europeas y en la Alianza Atlántica.

Mes y medio después de las primeras elecciones, el 28 de Julio de 1977 nuestro hoy compañero Marcelino Oreja, Ministro entonces de Asuntos Exteriores en el Gobierno de Suárez, entregó a su colega belga, Henry Simonet, Presidente en ejercicio del Consejo de Ministros de la Comunidad, las cartas solicitando en nombre del Gobierno español la adhesión de España al Tratado de Roma. El acto solemne tuvo lugar en el Palacio Egmont de Bruselas. En su breve discurso de recepción deslizó Simonet una maliciosa aunque bienhumorada puya, presagio de los prejuicios que nos esperaban en la negociación. Dijo Simonet a Oreja: «Le recordaré que este Palacio perteneció a alguien que fue decapitado por los españoles a las órdenes del Duque de Alba». Oreja le respondió adecuadamente: «Ya era hora de que en este lugar Europa recobrase la cabeza, recibiendo a España»¹.

* Resumen del discurso de ingreso leído en la sesión pública del día 16 de noviembre de 2005.

¹ RAIMUNDO BASSOLS, «España en Europa», *Política Exterior*, Madrid, 1995, pág. 192.

Pese al recuerdo del siglo xvi entramos los españoles en la ardua negociación del siglo xx con la esperanza ingenua de que en esos foros nos recibirían con los brazos abiertos porque llegábamos desde el frío de un aislamiento forzoso y muy largo; que iban a degollar el ternero cebado, como en la parábola del hijo pródigo, para la gran fiesta de nuestro recibimiento. Pero muy pronto hubimos de comprobar, por nuestra cuenta y a nuestras costas, lo que otros sabían ya: que la comunidad internacional es todo menos evangélica, que tanto en la Unión Europea *in fieri* como en la Alianza Atlántica ya madura, y muy especialmente en la Unión, los juegos estaban ya hechos, las ventajas repartidas entre los socios antiguos, y que nadie estaba dispuesto de buen grado a mover su silla en la mesa redonda común para hacer un sitio en ella al recién llegado.

Las reacciones a nuestra solicitud de los países comunitarios fueron variopintas y muchas veces hostiles. Chirac fue terminante. Dijo: «Sería absurdo creer que España pueda integrarse en la Comunidad sin que volviera a ponerse profundamente en duda la participación de Francia en el Mercado Común»².

Asombra que con estos antecedentes próximos el giro en la política exterior española que siguió a las elecciones de marzo del 2004 se definiera elogiosamente como «la vuelta a la tradicional amistad franco-española».

Es verdad que a la muerte de Franco el Presidente Giscard había tenido un rápido reflejo anunciando su deseo de estar en el acto solemne que proclamaría Rey a Don Juan Carlos en la Iglesia de los Jerónimos, el día 27 de noviembre de 1975, apenas una semana después de la muerte del General. Indiscutiblemente la de Giscard fue la presencia de mayor rango político en aquel acto de reinstauración formal de la Monarquía. Pero los trámites protocolarios de aquel relevante gesto francés auguraron ya las dos caras de la moneda. Giscard pretendía que su clarísima preeminencia se destacara inequívocamente en todo el protocolo, que el hecho diferencial francés, que la excepción francesa no se diluyeran en la turbamulta de las delegaciones. Y lo consiguió. A partir de ese momento el apoyo del Presidente de la República Francesa a la recién renacida Monarquía española iba a teñirse de un afán de tutela que pronto empezaría a llamarse en los mentideros de la Corte *síndrome de Luis XIV – Felipe V*.

Y ese tinte colorearía toda la negociación de nuestro ingreso en el Mercado Común. El dominio francés sobre las instituciones comunitarias era casi hegemónico en aquellos tiempos. Cuando escribo estas líneas han pasado veinticinco

² BASSOLS, *op. cit.*, pág. 193.

años, aquella hegemonía se ha difuminado o roto, la Unión Europea trabaja en inglés y una Alemania reunificada se siente ya libre del lastre de la Guerra perdida. Pero al empezar la Transición en la Comunidad Europea *mandaba Francia*.

El triunfo de Mitterrand sobre Giscard en mayo de 1981 aceleraría la negociación española, que estaba ya notablemente avanzada cuando el triunfo de González en 1982 y que culminaría en 1985. Con todo, la adhesión de España había exigido diez años de forcejeos en Bruselas; poco más tarde, con la reunificación de Alemania, la incorporación de la Alemania del Este se produciría en sólo veinticuatro horas.

Conviene recordar, e insistir en el recuerdo, que España no fue recibida con generosidad por sus vecinos comunitarios, como suele decirse y escribirse en Latinoamérica y en los Países del Este de Europa, y que labró su ingreso en el Mercado Común a puro brazo del esfuerzo de los españoles, apoyados en la palanca del Acuerdo Preferencial de 1970, que había negociado magistralmente un hombre de esta Casa, el Embajador Alberto Ullastres.

LA POLÉMICA ATLÁNTICA

Pero la almendra de la Transición exterior, el gozne sobre el que giraría la nueva política internacional española, no iba a ser el Mercado Común sino la Alianza Atlántica. Decía yo hace unos minutos que habíamos heredado del Régimen anterior un tímido anclaje en Occidente, plasmado en los Acuerdos de 1953 con Estados Unidos. Es verdad que España buscó aquellos Acuerdos porque necesitaba salir de su aislamiento secular y que esa necesidad se había hecho angustiosa tras la derrota en la Guerra Mundial de los que habían sido los amigos de la España nacional durante la contienda civil. Quiero decir que, por parte española, aquellos Acuerdos con Estados Unidos no se firmaron porque España deseara entonces, en 1953, un cambio radical de nuestra política exterior, sino por la necesidad angustiosa de abrir horizontes que he citado. Pero lo cierto es que significaron un primer *anclaje en Occidente*, y que los Gobiernos de UCD se propusieron convertir aquel anclaje circunstancial en sustantivo y definitivo, con la autoridad del respaldo democrático. Y por eso el Gobierno que yo presidía tomó la iniciativa de incorporar a España a la Alianza Atlántica, y por eso el debate sobre la Alianza se convirtió en la plataforma giratoria sobre la que iba girar un nuevo rumbo la indecisa política exterior española.

Al principio de la Transición la conveniencia de un anclaje occidental de España no era bien entendida por la opinión pública, ni tampoco por los órganos

pensantes de algunos partidos. Se seguía razonando en coordenadas interiores, de política interior, de política electoral. Una vez más la conexión profunda entre política interior y política exterior se escoraba hacia la primera, escamoteando un verdadero debate sobre los méritos, o deméritos, realmente internacionales que supondría una integración de España en la OTAN.

Insisto en que la verdadera Transición exterior, el verdadero cambio en la política internacional española no se produce con nuestra solicitud de ingreso en las Comunidades Europeas —recordemos que esa solicitud ya se había cursado por Castiella, Ministro de Asuntos Exteriores de Franco, en 1967. Se produce con la adhesión de España al Tratado de Washington, con el ingreso de España en la OTAN. Por esa razón las fuerzas políticas se movilizan y se crispan cuando yo propongo en mi discurso de investidura, el día 19 de febrero de 1981³, la entrada en la Alianza y, sobre todo, cuando el Gobierno que yo presido plantea formalmente la cuestión en el Congreso siete meses más tarde⁴. Como ésta es, a mi juicio, la clave de la Transición exterior dedicaré algún espacio a examinar los juicios y, especialmente, los prejuicios que subyacían a la polémica atlántica.

Y, en primer lugar, la novedad que iba a suponer *el regreso de España al escenario internacional*, después de una ausencia de dos siglos.

Volver es siempre un difícil ejercicio. Y, casi siempre, un ejercicio de humildad. España había estado como protagonista en el escenario internacional a lo largo del siglo XVI y de una buena parte de siglo XVII. A partir de Westfalia se arrastra por las cancillerías el fantasma de un poder antiguo que desfallece. Cuando los Gobiernos de la Transición pretenden que España vuelva al escenario saben que ya no puede volver con un papel protagonista, como el que tuvo doscientos años antes; saben que ha de aceptar el papel secundario propio de su nueva dimensión relativa en el mundo, en un mundo radicalmente nuevo también. Y esa aceptación exige realismo y humildad: exige echar en serio siete llaves al sepulcro del Cid.

Alguna de las posiciones españolas contrarias al ingreso de España en la Alianza Atlántica adolecía, quizás no conscientemente, de falta de realismo y de falta de humildad. Por ejemplo: las que propugnaban que no se incorporara España en ninguno de los bloques oriental y occidental, vigentes entonces, y preferían que se incorporase al grupo de los no alineados, entre los que podía aspirar a una

³ *Diario de Sesiones*, núm. 143, de 19-II-81, pág. 9150.

⁴ *Diario de Sesiones*, núm. 191, de 27-X-81, pág. 11295

posición eminente. El Partido Socialista se inclinaba, es verdad que sin mucho entusiasmo, hacia la segunda posición porque creía que otorgaba más libertad a la nueva política exterior, sin las obligaciones que sin duda iba a imponerle la incorporación a la OTAN. No había sido esa la posición del PSOE en el exilio cuando se constituyó la Alianza en 1949: hay artículos contemporáneos de Rodolfo Llopis, de Indalecio Prieto y de Luis Araquistain ⁵ en los que se sostiene con firmeza la convicción de que España debería incorporarse a la OTAN.

Pero ya en diciembre de 1976 el vigésimo sexto Congreso del PSOE «había denunciado la renovación de los acuerdos militares con Estados Unidos... en aras de nuestra política de neutralidad». He aquí resucitado el fantasma de la neutralidad.

¿A qué se debía un cambio tan radical de criterio entre 1949 y 1981? Tal vez al cambio, radical también, de nuestra política interior. O a la consiguiente falta de firmeza, a la que tantas veces he aludido, de nuestra política exterior. Pero no, desde luego, a que la nueva situación internacional hubiera dejado obsoleto, treinta años después, aquel anclaje occidental.

En diciembre de 1979 cuando una encuesta pretende identificar cual es la cuestión de política exterior más importante para el ciudadano, un 32 por 100 contesta que las relaciones con Hispanoamérica, y sólo para un 26 por 100 lo primero es la presencia de España en los Organismos Internacionales a los que todavía no pertenece.

De los sucesivos sondeos del CIS se deduce que antes de 1981 el interés por la política exterior sigue siendo escaso, salvo en la mención típica de Hispanoamérica que se incluye casi como una cláusula de estilo, desde Maeztu y durante el franquismo, en cualquier declaración pública. Aunque entre aquellos que intentan ver más allá empieza a estar claro que son más los que se declaran partidarios del anclaje occidental que los contrarios a él.

Esta situación cambia muy bruscamente con la Transición. *Si en 1975 hay un 75 por 100 de los españoles que desea la integración de España en la Alianza Atlántica; en 1983 esa cifra se ha reducido al 13 por 100. ¿Cómo se puede entender en tan corto plazo una reducción a la quinta parte del número de españoles*

⁵ Fundación Indalecio Prieto, *El proceso de la construcción europea. Aportaciones del socialismo español en el exilio 1948-1949*, Madrid, 2003. ALONSO PUERTA *et al.*, «El socialismo español en el exilio y la construcción europea», págs. 108 y sigs.

que se declaran atlantistas? En primer lugar ese viraje abrupto es una prueba más de lo que un analista de Bolsa llamaría la *volatilidad* de la opinión pública española en cuestiones de política exterior: la falta de una tradición en los debates exteriores, a la que ya me he referido tantas veces, hace a la opinión especialmente dúctil y maleable, y en consecuencia muy vulnerable a las campañas que se organizan sobre ella. Y es entonces cuando la izquierda española monta una intensa, hábil y eficazísima propaganda anti-OTAN.

La cuestión Atlántica no había estado al principio de la Transición entre las prioridades de los nuevos Gobiernos: hay una levisima presencia del asunto en los programas de UCD y en las declaraciones iniciales de los sucesivos Gobiernos que preside Suárez. El Congreso de UCD en 1978 declara que UCD *es partidaria de la entrada de España en la OTAN en la forma y con las modalidades que más convengan a nuestros intereses*. En la primavera de 1979 nuestro compañero Marcelino Oreja, Ministro a la sazón de Asuntos Exteriores, dice al Consejo de Ministros que cree llegado el momento de entrar en la Alianza Atlántica; pero el Presidente Suárez prefiere que no se debata la cuestión en el Consejo de Ministros, fiel a la cautela con la que ha procedido hasta entonces⁶.

El 15 de junio de 1980, el periodista Pablo Sebastián entrevista a Oreja en *El País* con motivo del tercer aniversario de las elecciones; y el Ministro se muestra en sus respuestas claramente a favor de la adhesión de España al Tratado de Washington *antes de las elecciones de 1983*. El propio Oreja, en su discurso de recepción en esta Academia, relata la repercusión que tuvieron sus declaraciones y cita la reacción airada del socialista Múgica para quien se habría tratado de un ejercicio de *frivolidad e irresponsabilidad*. Tres meses más tarde Suárez cesaba a Oreja, quien elegantemente comentaría que ignoraba la posible influencia de sus declaraciones en el cese.

La cuestión atlántica empieza a animarse y la campaña anti-OTAN calienta motores cuando mi Gobierno anuncia formalmente en la sesión de investidura, el 19 de febrero, su propósito de *iniciar las consultas con los Grupos Parlamentarios a fin de articular una mayoría, escoger el momento y definir las condiciones y modalidades en las que España estará dispuesta a participar en la Alianza*.

En el mismo debate de investidura⁷ se formalizan ya las discrepancias.

⁶ MARCELINO OREJA AGUIRRE, «Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas», 21-IV-2001, pág. 95.

⁷ *Diario de Sesiones*, núm. 143, 18-II-1981, pág. 9150.

Depurados los excesos dialécticos propios del debate parlamentario, en casi todas las intervenciones latía una misma pregunta: ¿Qué nos van a dar *a cambio* si entramos en la OTAN? Se trataba de un planteamiento a mi juicio simplista de la cuestión. Como si habláramos de una feria rural se entendía el trance en términos de toma y daca. Quienes sentíamos aún el peso de nuestra exclusión de los foros internacionales, veíamos en la Transición exterior, como Silvela, la oportunidad histórica para volver al escenario antes que un episodio más de mercadeo con los que ya estaban instalados en la escena. Pero, además, empezábamos a percibir el escaso interés que nuestros vecinos de la Comunidad o de la Alianza tenían en nuestra incorporación. Quienes me reprochaban en el debate parlamentario de la OTAN que no consiguiera más para España, o llegaran a acusarme nada menos que de defender la causa de la Administración norteamericana, o de ceder a la presión del bloque occidental, ignoraban, o fingían ignorar, que el entusiasmo occidental por la adhesión de España al Tratado de Washington era *perfectamente describable* y que la presión norteamericana se ejercía no para empujarnos a esa adhesión, sino para que renováramos los Acuerdos de 1953 que vencían aquel mismo año del debate.

Y, mirando aquel trance desde hoy, a veinte años de distancia, me confirmo en la certeza de que aquella posición contraria a la OTAN en 1981 de un González joven, que había alcanzado la fama como un atleta casi adolescente, era la propia de su juventud y de su honradez, la propia de la ética de sus convicciones, la que, siguiendo siempre a Weber, no mira al poner en marcha una decisión las consecuencias que puedan seguirse de ella en el tiempo, sino que se atiene a hacer lo que cree que hay que hacer hoy y aquí. Y la decisión del *no* a la OTAN, iba a lanzar sobre su Partido y sobre España graves inconvenientes —que el propio González reconoció con elegancia años después en un libro escrito con Juan Luis Cebrián. «El referéndum sobre la OTAN —dice González— fue uno de los más graves errores que he cometido, de los más arriesgados, aunque saliera bien para nuestro país»⁸.

El Partido Socialista en una campaña tenaz e inteligente hizo cambiar a la opinión pública en 1981 desde una posición no entusiasta, pero claramente favorable a la OTAN, a una posición fervientemente contraria.

El final de la polémica atlántica es conocido: pese a la campaña, UCD metió a España en la OTAN el 9 de mayo de 1982, y perdió las elecciones legislativas el 28 de octubre siguiente.

⁸ GONZÁLEZ Y CEBRIÁN, «El futuro no es lo que era», Aguilar, 2001, pág. 136.

Unos meses después de la derrota electoral tuve en Nueva York una larga entrevista con Irving Kristol, principal cabeza pensante del neoconservadurismo norteamericano, Fundador y Director de la prestigiosa revista *The National Interest*. Kristol empezó preguntándome con tanta cortesía como discrepancia:

—¿Por qué se ha empeñado usted en meter a España en la Alianza Atlántica?»

Y durante más de tres horas argumentó brillantemente sobre la estrategia que hubiera convenido al partido conservador UCD, estrategia que no pasaba por la hemorragia de votos que produjo aquella decisión atlantista. «Que fue valiente y acertada para España —repetía Kristol— pero profundamente equivocada para usted y para su partido». Yo le di la razón, porque la tenía, pero argumenté a mi vez que la derrota de UCD era ya inevitable en 1981 y que al PSOE triunfante le hubiera sido muy difícil anclar a España en Occidente si una UCD moribunda, ingenua y generosa no le hubiera dejado el anclaje ya hecho (atado y bien atado, esta vez sí). Porque lo cierto es que González aunque no consumó la retirada de la OTAN sí mantuvo a España en la incertidumbre cuatro largos años, prolongando innecesariamente la Transición exterior. Años que empleó en deshacer con dolor y paciencia lo que había hecho con eficacia y tenacidad en 1981, conduciendo una campaña de signo opuesto a aquella, *convenciendo al país y a sus propios militantes de que donde acababan de decir digo tenían ahora que decir diego*. Estos dos giros copernicanos, estos dos cambios bruscos y seguidos (uno contra la OTAN cuando la opinión estaba a favor, y otro a favor de la OTAN cuando la opinión había sido movilizadada en contra) confirman la falta de arraigo de las opiniones españolas en materia de política exterior, a las que tan monótonamente he venido aludiendo.

La presencia de Estados Unidos en nuestra polémica atlántica fue en la realidad mucho menos visible de lo que la prensa supuso. Desde la inoportuna visita que hizo a Madrid el Secretario de Estado Haig en los días que siguieron al 23F tuve yo la certeza de que a Estados Unidos le importaba la renovación de los Acuerdos de 1953, que vencían precisamente en el otoño de 1982, mucho más que la entrada de España en la OTAN. Renovación sin OTAN era, cuando llegué a la Moncloa, la miope intención norteamericana. Solo un prejuicio comprensible, anterior a todo juicio sereno, pudo hacer que el diputado Carrillo oyera en mis palabras la voz de la Secretaría de Estado.

Así fue la polémica atlántica y así debería haber terminado la Transición exterior. Pero el brillante triunfo del PSOE en las elecciones del 28 de octubre de

1982 iba a añadir al proceso un estrambote de cuatro años, durante los cuales el Gobierno congeló la integración española en la OTAN y mantuvo la incertidumbre de nuestra ubicación en el escenario internacional. El proceso tuvo un broche, no precisamente de oro, en el referéndum de 1986. La convocatoria produjo una conmoción entre las fuerzas políticas parlamentarias, un verdadero baile de disfraces: ante la pregunta sobre si debíamos o no permanecer en la Alianza Atlántica el sí y el no cruzaron transversalmente el mapa político español dividiendo a los partidos, rompiendo las ideologías. El Partido Socialista, de vuelta ya de su poco responsable excursión anti-OTAN, propuso y defendió desesperadamente el sí, mientras una parte del electorado no socialista quiso utilizar el voto para agredir al Gobierno con un resultado negativo —aunque el resultado fuera contrario a las posiciones centrales del partido agresor. Alianza Popular se disfrazó de antiatlantista y el PSOE de pro americano. Y el CDS de Adolfo Suárez, en busca dramática de una nueva identidad, propuso la abstención o el no a sus contados fieles.

Finalmente ganó el sí.

Han pasado veinte años. En anclaje atlántico de España sigue siendo sólido y es la propia Alianza la que se pregunta por su futuro después de la crisis de Irak.

También está en crisis la Unión Europea, que ya no es la de 1982. Francia sigue en el centro de esa crisis después del fracaso del referéndum último. Y la cuestión, a mi juicio, sigue también siendo la misma. Francia parece irse resignando al hecho de que ya no puede mandar en la Europa Comunitaria. El eje París-Berlín, más bien eje Chirac-Schröder, fue en la primavera de 2004 un último intento, hasta hoy, por parte francesa de mantener alguna hegemonía, aunque compartida con Alemania. La Europa de los 25 no parece estar ya para esas geometrías, propias de lo que el Secretario de Estado norteamericano Rumsfeld llamó con acento peyorativo «La Vieja Europa». ¿Cuál será la figura de La Nueva Europa que alborea? Intentar adivinarla sería ya otra historia, y nunca más adecuada al contexto la tan manoseada cita de Kipling. Dedicaré mis últimas palabras a decir algo sobre la España de la Transición en ese nuevo escenario sobre la Transición revisitada.

LA TRANSICIÓN REVISITADA

No recoge el verbo visitar la edición 2001 del Diccionario de la Lengua Española y, cuando la escribo, mi ordenador, más estricto que yo, la subraya en rojo para denunciar que me he salido de la ortodoxia. Tampoco lo acepta María

Moliner, pero sí Manuel Seco en su Diccionario del Español Actual con la muy precisa acepción siguiente:

«Revisitar: verbo transitivo. Considerar o interpretar (una obra...) con un nuevo enfoque».

Esta sería la actitud con la que, desde hace no mucho tiempo, se enfrentan a la Transición ciertos politólogos o ensayistas españoles. Volver a mirarla desde supuestos nuevos, entenderla no como una solución a tantos problemas antiguos, sino como un problema nuevo más que habría que resolver. Es decir, vuelta a destejer la tela de Penélope que no acabamos de tejer nunca.

Algunos habíamos creído que la Transición podía ser un terreno firme sobre el que asentar el futuro de España. Muchas veces yo he envidiado la existencia de un cimiento así en otros países: la época victoriana en el Reino Unido, la Revolución y aún el gaullismo en Francia, los Padres Fundadores en los Estados Unidos. Nada parecido hay en la convulsa historia española, aunque nos alejemos en ella hasta Felipe II o los Reyes Católicos. ¿Por qué no podríamos aceptar la Transición como arranque firme de nuestra historia reciente, como plataforma sobre la que levantar coincidencias y discrepancias? Al fin y al cabo la Transición ha sido una obra colectiva, en la que han puesto sus manos hace treinta años todas las fuerzas solventes del espectro político español contemporáneo. Es posible que mi convicción y la de muchos amigos míos en este punto central estuviera contaminada de voluntarismo, de lo que llaman los anglosajones *wishful thinking*, de una admiración excesiva por lo que entre todos habíamos hecho, de una sacralización de aquel esfuerzo que Umbral, sagaz e irónico a la vez, calificó de Santa Transición. Es muy posible. Pero también es posible moderar aquel ardor y enfriar aquel entusiasmo excesivos sin quebrar por ello la plataforma de la Transición. Se puede revisitar la Transición sin destruirla.

El revisionismo que destruye alcanza también a la Transición exterior. El cambio de Gobierno traumático de 2004 y la guerra de Irak revisitaron la Transición exterior y la han encontrado pro-americana en exceso. Para enmendar ese pretendido error en el nuevo rumbo de la política exterior, los recién llegados proclamaron la *vuelta al corazón de Europa*. Y esa proclama era *falsa* en cuanto a la *vuelta* y en cuanto al *corazón*. En cuanto a la *vuelta* porque no tiene sentido volver a un lugar del que no nos hemos movido. Y en cuanto al *corazón* de Europa, entendido como el eje franco-alemán, porque el corazón de Europa está hoy en otro sitio, o tal vez en ninguno si como parece ha concluido la etapa de las hegemonías en la Unión. Y si entendiéramos esa *vuelta* como un retorno a la tradi-

cional amistad con Francia, según se ha dicho también, cometeríamos un error aún más grave, porque la tradición en las relaciones hispano-francesas ha sido secularmente más bien de enemistad que de amistad.

No hay nada que revisar en la posición de España como país europeo o como país atlántico. Creo haber mostrado que los recientes avatares de la Unión, como los más lejanos, tienen mucho que ver con el muy lento proceso de resignación francesa a su nueva situación real en el concierto de las naciones y, concretamente, en la Unión Europea. Francia no acepta fácilmente que ya no puede mantener la posición hegemónica a la que se ha acostumbrado tal vez desde el siglo XVIII; que tiene que dejar su asiento de primera clase, como dijo el ministro de Adenauer, para ocupar el muy confortable de segunda que le corresponde; no acepta sin mal humor que la lengua de trabajo de la Unión Europea ya no sea el francés, como hace veinte años cuando yo negociaba el ingreso de España, sino arrolladora e irreversiblemente el inglés; ni acepta que no puede seguir trasladando a sus vecinos una parte del coste de la política agrícola común, tan sesgadamente pro-francesa desde el Tratado de Roma; o que no puede aspirar al padrinazgo de alguno de los nuevos socios, como pretendió apadrinar a España cuando nuestra adhesión a la Comunidad en 1978; o que la tan exhibida *excepción francesa*, el pretendido *hecho diferencial francés*, ya no son reverencialmente tolerados en la nueva Europa que nace de la ampliación. Francia no acepta que tiene que echar doble llave al sepulcro de De Gaulle, como hubiera dicho hoy Joaquín Costa.

Francia sigue estando, naturalmente, en el corazón de la Unión, pero sin privilegios hegemónicos ni monopolistas. Giscard le espetó a Mitterrand en el debate televisivo que precedió a las elecciones presidenciales de 1981: «Mais vous n'avez pas, Monsieur Mitterrand, le monopole du coeur». Hoy habría que recordarle a Francia que no tiene ya el monopolio de la Unión Europea. La Europa que ha de nacer sobre las cenizas de los últimos referendos no admite ya monopolios ni hegemónicas. La Europa Nueva tendrá otra estructura. Alumbrar esa Nueva Europa es la ardua y apasionante tarea de los líderes que sobrevivan a la crisis actual. Pero esa es cuestión que acampa extramuros de la Transición exterior española, y queda fuera del ámbito de mi trabajo que debo cerrar aquí.
